

RELACIONES HUMANAS EN LA VIDA MONÁSTICA

A - Presentación

En este Congreso debemos preguntarnos:

1. ¿Es posible actualmente en nuestros monasterios la experiencia de Dios?
2. ¿Puede ser comunicada la experiencia de Dios? ¿De qué manera puede compartirse?

No se trata de enseñar a otros algo acerca de Dios sino de la participación en los frutos de la experiencia de un monje o de una comunidad.

J. Leclercq: “La convicción básica común es que la comunidad cristiana se edifica a través de la experiencia misma de la vida” (sppl. p. 12). ¿Está nuestra vida de comunidad tan amortiguada que no admite desafío y por lo tanto, excluye “una real experiencia de vida” y con ella la experiencia de Dios?

¿De qué manera la mentalidad que lleva a una persona a elegir la vida monástica afecta la búsqueda de Dios a través de las relaciones humanas? Pensemos en uno que desea ser monje, entendiendo por ello estar callado; vivir según el juicio de otro; aceptar de antemano las circunstancias de su vida; saber exactamente dónde estará todos los miércoles a las 17 hs. hasta el fin de sus días, qué cosas leerá y de qué cosas será responsable; usar un traje largo como las mujeres en ocasiones especiales; vivir en enormes edificios como reyes de un pasado lejano o reclusos de una prisión moderna; recibir de otro las palabras y las oraciones que ha de pronunciar; conformarse a normas sociales estereotipadas... ¿podría ese tal interesarse en las relaciones interpersonales? Y si así lo hiciera, ¿cuánto tiempo resistiría en tal ambiente?

El modo de vivir de los monjes, por una intención explícita ¿no los separa acaso de la vida? ¿No hablamos de la vida espiritual y de la vida de oración como distintas y separadas de la vida-vida? Estas dimensiones de nuestra existencia y de nuestra experiencia ¿no son acaso como rieles a los cuales una cierta aspereza impide que se los toque?

¿Qué es lo que promueve y qué es lo que impide “la experiencia de la vida”? Una actitud defensiva frente a estrechas relaciones interpersonales, ¿no desbarata acaso toda búsqueda de Dios desde sus comienzos?

El debate sobre las relaciones humanas en la vida monástica puede ordenarse según estos tres títulos:

1. El cenobita y el ermitaño
2. La comunidad y el grupo
3. El monje y el mundo; referencia a la hospitalidad, pero enfocándola en un contexto más amplio que la recepción de los huéspedes en el monasterio; por ejemplo: soledad y hospitalidad; nuestra actitud para con el mundo exterior; la acogida mutua.
4. La distinción entre los monasterios, mencionada por el Abad Primado en 1970: los que acentúan la comunidad y los que acentúan la relación directa con Dios.

Mencionaré cada uno en un contexto teórico y sugeriré algunas preguntas.

Cenobita - ermitaño: La tradición de la Iglesia, las tradiciones bíblicas que la precedieron, y las tradiciones comunes de la humanidad admiten ambas formas de vida como expresiones genuinas de la existencia humana. Las consideraciones que haremos como superiores son muy prácticas. ¿Este hombre que tenemos delante nuestro busca verdaderamente a Dios? ¿Deberá continuar haciéndolo como cenobita o como ermitaño? ¿Cómo lo resolveremos?

¿Es la nuestra una comunidad de cenobitas que viven como ermitaños? ¿Es esa nuestra meta o no? ¿Lo fomentamos o no? ¿Por qué? De acuerdo a la tradición benedictina por lo general se nos presenta el caso del cenobita con su necesidad de soledad y de comunidad.

Comunidad y grupo: El hombre es un ser social. Cuando se desorienta tiende al aislamiento y a la introversión o pierde su identidad personal dentro de una colectividad. En el primer caso, queda destruida su persona como principio de comunicabilidad y en el segundo, pierde la propia unicidad incomunicable. Parecería que el desarrollo y la madurez humanos requieren fáciles relaciones sociales. Esta es la función del grupo. Nuestra pertenencia a una comunidad supone relaciones de grupo.

¿Cuál ha sido nuestra experiencia de grupos en la comunidad? ¿Qué nos ha inducido a modificar nuestra opinión o su realización práctica?

El monje y el mundo: La Palabra se hizo carne... vino a los suyos. ¿La recibieron. . . o no?

La hospitalidad es un tema bíblico. Es la capacidad de crear espacio y acogida. Se recibe al otro y se lo acoge de tal manera que de forastero se convierte en amigo; de enemigo en huésped (*hostis-hospes*). Mediante la hospitalidad se da lugar a un cambio, de manera que el huésped pueda tornarse un portador del don de la vida -como lo fueron los tres ángeles para Abraham y el Señor para los discípulos de Emaús.

Con relación al mundo, ¿es el monasterio un ermitaño o un cenobita?

¿Para quién es el monasterio un centro de vida? ¿Para la gente del lugar?, ¿de qué edad y de qué clase social?

¿Cuál ha sido el impacto del cambio social en los últimos 25 - 50 años?

¿Cómo socorre nuestra comunidad las necesidades de la gente de los alrededores del monasterio?

2 Crónicas 15,12 a:

“Y se obligaron con un pacto a buscar a Yahvéh, el Dios de sus padres, con todo su corazón y con toda su alma”.

¿Comunidad o relación directa con Dios?: En otro tiempo parecía que el mayor pluralismo consistía en la diferencia entre los monasterios con apostolado (escuelas...) y monasterios que no hacían apostolado. Me parece que esta distinción se torna cada día menos importante. Nunca fue el fundamento de dos teorías monásticas distintas que se excluyesen recíprocamente. Tampoco hay ninguna base en el *Perfectae caritatis* donde en el parágrafo 9 las dos posibilidades están yuxtapuestas: *sive in umbratili vita integre se divino cultui dedicent sive aliqua apostolatus vel christianae caritatis opera legitime assumpserit*. Ambas son reconocidas como legítimas en la tradición monástica. Me parece que fue poco prudente destacar este hecho, lo que sucedió cuando se hizo el Código Oriental y el Derecho Canónico, por lo cual surgieron

todas las dificultades que prueban prácticamente que esto es insostenible. Si bien este pluralismo de trabajo continuará existiendo, podríamos preguntarnos con razón cómo se hallan muchos monasterios que carecen de alguna forma de verdadero trabajo exigente, ya sea hospedería, publicaciones, escuelas, o simplemente los trabajos del campo para la propia sustentación.

Si se me pidiese que dijera dónde veo el mayor pluralismo en la Federación, partiría de un fenómeno totalmente diverso. Gran parte del pluralismo proviene de la acentuación y dirección básica hacia el cenobitismo. Lo repito, es cuestión de acentuación. Todos los monjes sienten la necesidad de la ayuda de muchos co-hermanos en el monasterio, pero en la realización práctica de su vida monástica la importancia de estas relaciones en la comunidad no siempre tiene el mismo peso.

El P. Abad Primado en el discurso pronunciado en el Congreso de 1970 decía a este respecto: “Algunos monasterios, prescindiendo de su trabajo, dan más importancia al papel de estas relaciones personales y de grupo para el crecimiento en la santidad. Tal vez este papel de los *hermanos* está más acentuado ahora en nuestra Confederación por una mayor sensibilidad hacia la obra del Espíritu Santo en el conjunto de la comunidad. Esta obra del Espíritu Santo está de acuerdo con los documentos del Vaticano II y encuentra su realización efectiva en esta comunidad concreta en la que yo vivo. Esta nueva acentuación del aspecto cenobítico de nuestro monaquismo puede perder a veces su impronta espiritual y limitarse a un mero *psicologismo*, pero no necesariamente. La importancia de estas *relaciones* como medio de mi búsqueda de Dios lleva a un estilo de vida monástica algo diverso de los estilos tradicionales que nosotros conocemos. La importancia de la comunidad no se niega en los estilos tradicionales, de hecho la comunidad es considerada como un valor por encima de todos los otros, pero a menudo es considerada más como un conjunto de reglas y normas para una vida común ordenada y para proteger los derechos de cada monje a la soledad y al silencio contra intrusiones que podrían molestar. Si bien se trata de una cuestión de grado diverso y no de dos vías o géneros de vida opuestos, con todo los modos diversos de vivir el ideal monástico que resulta de ello, son bastante diversos como para constituir un nuevo fundamento de pluralismo en la Confederación. Estos dos puntos de vista han influido bastante en los cambios o el *aggiornamento* que cada casa o Congregación ha hecho...”.

El pluralismo del que somos conscientes es inherente a nuestro concepto de estabilidad monástica y autonomía de cada casa. Esta es una de las principales características del ideal monástico y no podemos renunciar a ella. Por tanto el pluralismo debe ser aceptado también como una de nuestras bendiciones. En el curso de la historia él ha permitido al ideal benedictino encontrar formas concretas, asumir varias modalidades, adaptarse a varias culturas y circunstancias. Hoy él permite a cada Congregación, y a veces a cada casa, hacer su propio *aggiornamento*, según las propias tradiciones y las propias necesidades. Se habla en todas partes la misma lengua. No obstante en este pluralismo de hoy y en el pluralismo de todos los tiempos, se podrían discernir ciertas tendencias y valores constantes aun cuando los tiempos y lugares diversos hayan dado a estos valores una acentuación más fuerte o más débil.

Mount-Saviour